

Aventuras del Duende Melodía

Alicia Morel

*Ilustraciones de
Elena Poirier*



Índice

Ilustraciones de
ELENA POIRIER.

Delfín de Color
I.S.B.N.: 956-12-0860-1.
11ª edición: julio del 2007.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1627-2.
12ª edición: julio del 2007.

© 1994 por Alicia Morel Chaigneaux.
Inscripción N° 89.308, Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por R&R Impresores Ltda.
Curiñanca 771 San Miguel.
Santiago de Chile.

Cosas del Duende Melodía
pág. 7

La extraña vecina
pág. 19

Día de lluvia en el bosque
pág. 27

El sombrero
pág. 39

El enanito de las flores
pág. 47

El Padre Río
pág. 57

Los reinos de la tierra
pág. 69

Un curioso robo
pág. 79

Biografía breve de Alicia Morel
pág. 93

Cosas del Duende Melodía

Hab a una vez una hormiga que, en vez de hablar, cantaba, y por esto se llamaba Hormiguita Cantora. Había también un duende que tenía el nombre Melodía, porque solía entonar unas canciones, aunque no muy afinadas.

Una hermosa mañana de primavera, mientras un aire de felicidad removía las flores y las hierbas, el Duende Melodía tenía la frente oscurecida por una gran preocupación. De puro nervioso, hablaba solo:

—¡Es algo increíble que esto me pase a mí! La única que puede ayudarme es la Hormiguita Cantora, pero no me atrevo a salir de mi callampa. ¡Algo terrible pasaría! Voy a asomarme

a mi ventanita a ver si alguien puede llevar mi recado al hormiguero... ¡Eh, Mariposa, acércate un momento!

La Mariposa se acercó, llena de curiosidad.

—¿Qué quieres, Duende Melodía? Te veo muy preocupado.

—¿Se me nota que estoy preocupado?

—¡Claro que sí! Te pusiste la gorra al revés y te abrochaste mal los botones de la chaqueta. ¡Te ves muy divertido!

—De veras. Pero no importa. Oye, Mariposa, haz el favor de decirle a la Hormiguita Cantora que necesito hablar con ella.

—¿Para qué, Duende? ¿Qué le quieres decir?

—Ya lo sabrás todo a su tiempo. ¡Apúrate, por favor!

—Sí, voy volando, volandoooo....

El Duende siguió pensando en voz alta:

—La Mariposa es demasiado curiosa y habladora. Por suerte, la Hormiguita Cantora es discreta, casi tanto como yo.

Una ronca risotada resonó a sus espaldas.

—¡Jo, jo, jo! ¡Un duende discreto! ¡Ju, ju, ju!

—Ahí está de nuevo el intruso riéndose de mí. Oiga, ¿quién es usted?

—¡Nadie, nadie! ¡Jo, jo, ju, ju, ju!

—Siempre contesta que no es nadie. ¡Que esto me pase a mí, es increíble!

Desde hacía varios días, un ser invisible se había instalado en el hongo del Duende. Si nuestro amigo comía, el otro no tardaba en comerse las sobras. Varias veces le había deshecho la cama y también se había sentado en su silla de paja, cambiándola de sitio. Todo había comenzado después de una noche de lluvia, de esas que hacen crecer las hierbas y madurar las semillas. En la casa del Duende estaban pasando cosas de duendes. Era una situación rarísima. Mientras esperaba a la Hormiguita, el afligido Melodía se puso a revisar los rincones, aunque no había muchos, porque los hongos son redondos. Tres golpes en la puerta le anunciaron la llegada de su amiga.

—¡Hormiguita, qué bueno que viniste pronto!

—Tan rápido vine,
que estoy sin aliento.
Dime qué te pasa
y cuál es el cuento.

—Yo también vine, Duende Melodía —ale-
teó la Mariposa frente a la puerta.

—Sí, Mariposa, muchas gracias. Pero entra,
Hormiguita.

—¿También puedo entrar yo, Duende? —in-
sistió la Mariposa.

—No, lo siento, amiga. Espera un ratito por
ahí cerca.

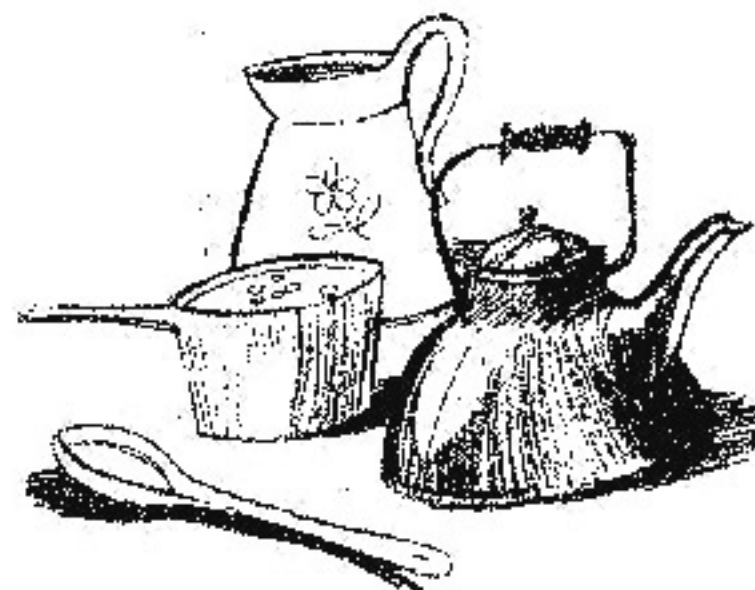
—Bueno, voy a esperar dentro de una flor.

Mientras la Mariposa revoloteaba de una
flor a otra, impaciente, el Duende contó su se-
creto a la Hormiguita.

—Me pasa algo terrible: ¡en mi casa hay
un duende!

—Eso no es terrible
y no me sorprende,
siempre en tu casa
ha vivido un duende.

—No, Hormiguita, no te rías. Otro duende



vive conmigo desde hace varios días. Ha dormi-
do en mi cama, el muy sinvergüenza. Y se come
todo lo que me sobra.

—Y ¿qué cara tiene,
se puede saber?
Cara conocida
no es de temer.

—¡Eso es lo peor! Este duende no tiene
cara.

—Que no tiene cara,
eso habrá que ver.
Si come, si duerme,
cara ha de tener.

—Tienes razón, Hormiguita. Si come y duerme, tiene cara. Por lo menos tiene ojos y boca.

Apenas el Duende dijo estas palabras, se oyeron de nuevo las carcajadas del alojado invisible.

—Ahí está de nuevo el intruso —exclamó el Duende—. No me deja en paz con sus burlas.

—Por aquí, por allá,
no se ve, siempre está.

Por allí, por acá,
quién será, quién será.

—¡Nadie, nadie! —volvió a contestar el desconocido, ahogándose de risa.

Entonces la Hormiguita hizo un gran descubrimiento:

—Duende Melodía,
“Nadie” es el nombre
de este bicho raro,
aunque tú te asombres.

—Tienes toda la razón, amiga mía, “Nadie” es el nombre de este bicho. ¡Y tiene cara! Pero ¿dónde se habrá escondido?

Los dos amigos se pusieron a revisar cuida-

dosamente las paredes del hongo. Las delicadas antenas de la Hormiguita eran capaces de sentir lo invisible. Mientras tanto, al lado afuera de la callampa, la Mariposa, balanceándose sobre una flor, comunicaba a todo el que pasaba junto a ella que al Duende le sucedía algo raro.

—Oye, Chinita, fíjate que sé una cosa muy misteriosa.

—¿Qué cosa, Mariposa?

—Adentro del hongo están el Duende y la Hormiguita, y ellos son los que saben una cosa.

Un sapo dejó de saltar al oír que sucedía algo raro.

—¿Qué pasa, Mariposa, se puede saber?

—Bueno, yo no sé, pero algo muy misterioso está pasando ahí adentro, en la casa del Duende.

En eso se acercó un grillo por tierra y una abeja por el aire y varios bichos más. Una multitud de alados y patudos rodeó el hongo y la curiosidad creció como un globo que se llena de aire. Uno de ellos preguntó:

—¿Se podrá mirar por la ventana?

La Mariposa se escandalizó:

—No, sería una indiscreción.

Al decir esto, la Mariposa empezó a revolotear de nuevo en torno a la callampa, con las antenas temblorosas de curiosidad. Los bichos la seguían con la mirada por si averiguaba algo, pero la única ventana estaba con las cortinas corridas. Lo que pasaba dentro del hongo era aún más misterioso. Mientras el Duende y la Hormiguita miraban debajo de la cama, se oyó un golpe y el intruso gritó:

—¡Se me cayó la miel! Ju, ju, ju.

Así era. Las hojas en que el Duende envolvía un poco de miel, estaban desparramadas y el suelo con una gran mancha del pegajoso alimento.

—Ay, ¡mira lo que ha hecho ese bandido! —lloriqueó Melodía, pasando un dedo por la miel.

La Hormiguita aprovechó para llenarse el buche y entonces se le ocurrió una idea:

--La guatita llena
me trajo una idea
muy buena, muy buena.



—Dímela antes que se te olvide.

La Hormiguita se acercó a su amigo y le sopló con entonados cuchicheos la idea que se le había ocurrido: se trataba de hacer un incendio de mentira, para que el intruso saliera del hongo por miedo a quemarse.

El Duende susurró:

—Mi brasero tiene fuego: será fácil inventar un incendio.

Con gran disimulo, el Duende buscó en su leñera unos palos y unas hojas verdes y las echó al brasero, formando una espesa humareda que llenó el hongo. Sin perder tiempo, los dos corrieron a la puerta gritando:

—¡Incendio, incendio, ay ay ay, se quema, se quema! ¡Traigan agua, socorro, socorro, se quema, ay ay ay!

Al ver el humo y oír los gritos, los bichitos corrieron a buscar agua y cada uno acarreó una gota de la charca de los sapos; la Mariposa aleteaba tratando de apagar el fuego, con lo que salió más humo. El falso incendio demoró poco en extinguirse. Entonces el Duende explicó entre risas:

—No fue un incendio de verdad. Era broma que se quemaba mi casa.

Antes que ningún bicho reclamara, se oyó un chillido de rabia.

—¡Una broma! ¡Y yo creí, el muy tonto! Nunca me perdonaré haber salido de tan magnífico hongo!

El que así protestaba era un delgado gusano que se retorcia de furia en el suelo. Al verlo, el Duende se le fue encima:

—¡Ah, eras tú, Gusano, el infame que quería echarme de mi propia casa! ¿Dónde te escondías, bandido?

—Me escondía entre las paredes, que estaban sabrosas y tiernas para mis viejos dientes.

—¡Te estabas comiendo mi hermosa callampa! ¡Te voy a aplastar, gusano malvado!

Antes que el Duende lo alcanzara, el gusano Nadie hizo un rápido movimiento y se hundió en la tierra sin dejar rastro. Todos se quedaron mirando el sitio por donde había desaparecido. Entonces la Hormiguita comentó con malicia:

—Yo tengo un duende amigo

que siempre me sorprende,
porque en su casa pasan,
pasan cosas de duendes.

Hasta Melodía rió de felicidad, en compañía de sus numerosos amigos, porque ahora no había más duende que él viviendo en su hermosa casa.

La extraña vecina

Una mañana, muy temprano, el Duende Melodía se paseaba inquieto frente a su casa. Tirándose la barba, murmuraba con preocupación:

—¿Y si la nueva vecina es una bruja?...

Acompañaban al Duende en su paseo, la Torcaza y la Ranita.

—¿Y si la nueva vecina es una bruja?...
—repetían.

La causa de tanta intranquilidad era el nuevo hongo que había aparecido junto al que le servía de casa al Duende. Es sabido que en las callampas habitan seres mágicos. Nadie podía adivinar si en la que venía saliendo habitaba una bruja, un hada o algún otro duende.

La Torcaza decidió consultar al señor Tordo, profesor del bosque. En el nido, el Tordo tenía una vieja enciclopedia. Tratando de parecer culta, la Torcaza preguntó en verso:

—Señor Tordo negro,
me alegro de verlo.
¿Podría decirnos
si el nuevo vecino
será alguna bruja
o algún duende fino?

El Tordo abrió la enciclopedia y, después de dar vuelta muchas páginas, contestó:

—Crecerá la callampa,
crecerá, crecerá...
y ese nuevo vecino
¿quién será, quién será?

La Torcaza se sintió muy informada y voló a contarle a su amiga lo que había averiguado. Después de escuchar con atención el anuncio del Tordo, la Ranita comentó haciendo girar sus ojos:

-- Eso que ha dicho el Tordo, si no estuviera en verso, sería una gran tontería.



Las dos, una volando y la otra saltando, se acercaron a mirar la nueva callampa.

—¿Qué será, qué será? -- se preguntaban en secreto.

El Duende Melodía hablaba y suspiraba de puros nervios:

—Si me toca de vecino un duende peleador, tendré que mudarme. Si en el hongo nuevo viene una bruja, tendré que arrancar ligero, sin llevar-

me ni siquiera una muda de ropa. Ay, ¿dónde encontraré otro hongo tan lindo como éste, con techo rojo y con chimenea chueca? Ay, ay...

En esto, se oyó un fuerte crujido y en la nueva callampa se abrió una puerta como un resorte. Todos lanzaron un grito, pero luego se quedaron mudos al ver salir un par de zapatos viejos, unas chancletas que huían saltando entre las hierbas. De atrás apareció una viejecita que chillaba:

—¡Atajen mis zapatos, ay, no puedo correr a pie desnudo!

El Duende alcanzó los zapatos antes que se perdieran de vista y se los pasó a la extraña vecina, que se los puso dando suspiros de alivio.

—¡Qué felicidad! Ahora puedo caminar, bailar, brincar.

Y todo esto iba haciendo la viejecita con una agilidad increíble. El Duende la miró un rato y se presentó delicadamente:

—Respetable señora, yo soy el Duende Melodía y vivo en la callampa del lado.

—Y yo, soy la bruja Picarona y vivo en la callampa de ningún lado, ji ji.

El Duende, la Ranita y la Torcaza dieron un salto atrás.

—¡Picarona y bruja! ¡Qué horror! —gimió el Duende.

—¡Qué horror! —repitieron las otras dos.

—Yo no soy bruja, soy una brujita y hay una gran diferencia —corrigió Picarona.

Diciendo esto, se metió en su casa y cerró la puerta. Antes que nadie alcanzara a respirar, la nueva callampa empezó a dar vueltas y como tornillo se hundió en la tierra limpiamente. Todos lanzaron otro grito, pero tuvieron que tragárselo, porque la callampa apareció un poco más allá, junto a unas flores. La brujita salió con una regadera y se puso a echar agua a las plantas murmurando:

—Corrí la casa más acá porque me gustan mucho las flores.

—Si le gustan las flores, es buena —exclamó el Duende con alivio—. Pero si le gusta la música, es perfecta.

Sacó de su bolsillo la flauta con que solía encantar sus tardes. A los primeros compases,



la brujita dejó la regadera, se metió en la casa y con callampa y todo se trasladó con suma ligereza, esta vez por encima de la tierra, hacia el lugar donde sonaba la música. Se puso a bailar locamente, lo que alegró tanto al Duende, que improvisó rondas, polcas, valeses y otros ritmos modernos. La Ranita y la Torcaza se entusiasmaron; mientras una daba bote sobre su panza, la otra aleteaba como remolino. El Duende tocó hasta que Picarona cayó sentada al suelo.

—¡Usted es buena! ¡Le gustan las flores y la música! —gritó el Duende.

—No, no soy buena, lo que pasa es que estoy recién nacida —contestó la brujita.

La Torcaza y la Ranita se toparon ala con pata, mientras comentaban riendo:

—Dice que es recién nacida y parece una vieja, requetevieja. Debe ser porque es bruja.

Picarona pidió más música:

—¡Quiero seguir bailando hasta la medianoche! —gritó.

Pero entonces las chancletas crujieron y de un tirón se salieron de los pies de la extraña veci-





na, huyendo entre las malezas a grandes trancos mientras se quejaban:

—Estamos cansados, ya no damos más, no queremos estar en los pies de esta bruja.

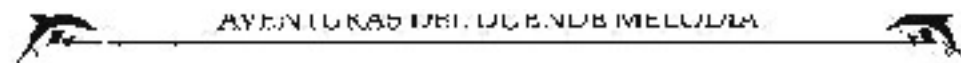
Llamando a sus zapatos con desesperación, la brujita echó a correr detrás de ellos hasta perderse de vista. Ante el asombro de todos, partió también, muy apurada, la nueva callampa.

Largo rato, el Duende, la Ranita y la Torcaza esperaron que Picarona regresara. Cuando oscureció, cada uno se fue a su casa, desilusionado.

Hasta el día de hoy, la brujita no ha vuelto ni se ha sabido de ella. La Torcaza consultó al Tordo y sólo pudo saber lo siguiente:

—Volverá la brujita,
volverá, volverá,
pero el día que vuelva
¿cuál será, cuál será?

La Torcaza y la Ranita se sintieron satisfechas con estas sabias y esperanzadas palabras. Pero el Duende Melodía no quedó muy tranquilo, porque tener de vecina a una bruja o a una brujita es de todas maneras inquietante.



Por eso despierta temprano y revisa los alrededores, temiendo que aparezca la callampa corredora, o que se oigan los crujidos de los viejos zapatos de Picarona.

Día de lluvia en el bosque

La lluvia y el viento jugaban en el bosque. Subían, bajaban, danzando y girando alrededor de los viejos troncos sin cansarse jamás. Entre las hierbas, brillaban collares y diademas, y el gotear del agua producía un misterioso rumor. Al pie de un árbol se alzaba el hongo rojo del Duende Melodía. El anciano Duende se vio obligado a mover su cama, porque caía justo una gotera sobre la almohada. Como siempre, hablaba solo.

—¡Uf, hay que cambiar de lugar esta cama! ¡Qué pesada está! Listo, ya la corré. Pondré mi cacero en la gotera. ¿En qué voy a cocinar ahora?

Nadie le contestó, por cierto; sólo la gotera



hizo “glib, glob, glib, glub, glub” al chocar con la olla. Al poco rato empezaron a caer gotas sobre la mesa.

—¡Se me está lloviendo toda la casa! Tendré que recoger el agua en mi plato hondo. ¿En qué voy a comer ahora?

La segunda gotera le contestó: “trip, trap, trip, trap”. Al oírla, el Duende se puso a reír:

—Con esta música puedo bailar: “Glib, glob, trip, trap, glob, glub, glub, trip, trap”.

Dio varias vueltas por la habitación y, como era redonda, se mareó y cayó sentado al suelo, lo que le dio más risa. En esto, oyó unos delicados golpes en la puerta.

—Parece que alguien viene a visitarme. ¿Quién podrá ser en un día como éste?

Al abrir la puerta, se encontró con la Mariposa.

—Pero ¿qué estás haciendo afuera con este diluvio? —exclamó al ver a su amiga chorreando agua.

—Se me deshojó la flor en que vivía y... y...

La Mariposa se puso a llorar, con lo que quedó aún más mojada.

—Por favor, entra, Mariposa, pero no sigas llorando, mi casa se va a inundar.

—Se me destiñeron las alas con la lluvia. ¡Mira, parecen sábanas!

Al extender sus alas, la Mariposa se puso a llorar con más fuerza.

—No llores, que me da mucha pena a mí también. La lluvia terminará pronto y, con el sol, volverán los colores de tus alas, te lo prometo.

El Duende buscó un poco de azúcar en su alacena y se la dio a chupar a la Mariposa, para consolarla.

—Gracias, me siento mejor —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—Parece que ya no llueve tanto. La gotera está disminuyendo.

En ese momento llegó la Hormiguita Cantora, protegiéndose de la lluvia con un paraguas de hojas secas.

—Duende Melodía,
te vengo a avisar



que un bello arcoíris
se ve por allá.

—¿Un arcoíris? ¡Qué buena noticia! Hace años que no he visto uno —exclamó el Duende abriendo la puerta.

Detrás salió la Mariposa, sin acordarse de sus alas desteñidas. La Hormiguita cantó:

—El arcoíris cruza
el cielo como un puente
y cuando el viento sopla
se cimbra suavemente.

Los tres fueron a mirar el arcoíris que brillaba sobre las ramas del bosque. Al ver los hermosos colores, la Mariposa gritó:

—¡Ésos son los colores que me robó la lluvia! Tengo que llegar al arcoíris para pintarme de nuevo las alas.

—Pero, Mariposa, eso está muy lejos, no llegarías nunca —advirtió el Duende.

Una voz suave cayó desde arriba:

—No, no está muy lejos. Yo conozco el camino, pero no puedo ir.

El Duende miró a quien hablaba y se encon-





tró con la cara abierta de la señora Girasol.

—¿Cómo lo sabes, si no haces más que dar vueltas la cabeza todo el día?

—Lo sé, porque miro el sol y conozco los caminos del cielo. Para llegar al arcoíris sólo hay que caminar.

—Ésa no es ninguna novedad —rió el Duende—. De todas maneras, gracias, Girasol. Nos pondremos en camino y te traeremos un poco de colorete.

—Yo te lo traeré en mis alas —prometió la Mariposa.

Al oírla, el Duende volvió a su casa y echó en una bolsa sus botellas de cristal para guardar los colores.

Por fin se pusieron en camino. La Mariposa iba volando delante de ellos, sin avanzar mucho, porque todo le llamaba la atención y se detenía en cada flor que hallaba. En un prado verde encontraron al señor Caracol, que al saber que iban hacia el arcoíris, quiso añadirse a la aventura.

—Les ofrezco mi carruaje para que no se fatiguen —dijo con su mejor sonrisa.



Agradecidos, el Duende y la Hormiguita treparon sobre la casa del Caracol. Conociendo su lentitud, la Hormiga le aconsejó:

—Tenemos que apurarnos,
amigo Caracol,
antes que el arcoíris
se vaya con el sol.

El Caracol tomó impulso y partió con su mejor ritmo en dirección al arcoíris. Las flores que los veían pasar les pedían colores nuevos y frescos. Un Escarabajo negro decidió ir con ellos a ver si lograba teñir sus pesados élitros. Al comienzo, la Mariposa se molestó con el zumbido que hacía el Escarabajo al volar, pero pronto se acostumbró.

—¿Cuál es el color que te gusta? —le preguntó.

—El tornasol, porque es una mezcla de los colores del arcoíris.

—Yo voy a pintarme con los siete colores, para verme linda otra vez —aseguró la Mariposa.

—¿No crees que eso es demasiado vistoso?

—¡Quiero ser vistosa!

—Mmm, puede ser peligroso...

La Mariposa nunca supo cuál era el peligro de llamar la atención, porque en ese instante el Caracol interrumpió su diálogo con el Escarabajo.

—¡Qué vanidosos son ustedes! Les ruego no hablar tanto, porque me marean.

—¿Acaso tú no vas a pintar tu casa negra de algún color? —preguntó la Mariposa, algo picada.

—Estoy satisfecho tal como soy —contestó el Caracol con impaciencia.

—¡Eso sí que es ser vanidoso! —interrumpió el Escarabajo.

Viendo que la discusión iba en aumento, el Duende trató de calmarlos.

—Todos somos vanidosos. No sigan discutiendo sobre los colores, porque nunca se van a poner de acuerdo. Los gustos son diferentes.

—Es cierto, sigamos avanzando. El arcoíris se ve siempre a la misma distancia, por más que caminó —dijo el Caracol.

Así era. El arcoíris se iba alejando a medida que el Caracol se esforzaba y la Mariposa y el Escarabajo volaban. Entonces la Hormiguita tuvo una idea:

—Cazar el arcoíris
es lo que hay que hacer,
con una cuerda larga
lo podemos coger.

—¡Claro, tenemos que cazarlo! —gritó el Duende.

Sacó de sus bolsillos llenos de magia un lazo que, al tirarlo, se alargó, se alargó sujetando un extremo del arcoíris. El Duende lo amarró a una hierba para que no se escapara.

Al ver el arcoíris a su alcance, el Caracol se detuvo, maravillado; la Mariposa temblaba de emoción moviendo sus alas desteñidas y el Escarabajo se mordía una pata de nervios.

—¡Apúrense, el arcoíris puede desaparecer en cualquier momento! —gritó el Duende, corriendo hacia los colores con sus frascos de cristal. La Hormiguita le ayudó a llenarlos.

Los demás los siguieron, atropellándose. Una lluvia de luz cayó sobre ellos, tiñéndolos de verde, de rojo, de azul, de amarillo y tornasol. La Mariposa bailaba borracha de colores.

—¡Miren, miren mis alas! ¡Ahora tengo más

colores que antes! —reía, girando para que todos vieran su hermosura.

El Caracol no quiso acercarse al arcoíris para no perder su seriedad. Sin embargo, no pudo evitar que una fina hebra de oro se enroscara en la espiral de su concha como una condecoración.

Cuando más felices estaban, los cubrió una lenta sombra. La Mariposa se asustó:

—¿Qué pasa que se pone oscuro?

—Se va el arcoíris y también la lluvia —explicó el Duende. Nadie alcanzó a sentir pena, porque los colores nuevos de sus ropajes centelleaban, llenándolos de alegría. El Duende y la Hormiguita agitaron las botellas de cristal y el camino de regreso se llenó de luces. El desfile atravesó el bosque de hierbas, causando admiración entre los insectos del anochecer.

A la mañana siguiente, la Mariposa no olvidó llevar a la señora Girasol el colorete prometido. El Duende acarreó sus botellas y pintó las flores con las gotas luminosas del arcoíris.

El sombrero

El Duende Melodía vistió su chaqueta de raso y sus pantalones de terciopelo para ir a la gran fiesta que daba la Reina de las hormigas para celebrar la llegada de la primavera. Empinado frente al espejo, trataba de ponerse un puntiagudo sombrero bordado con estrellas de plata.

—Lo más importante es el sombrero, porque todos lo ven. Me sentaré al lado de la Reina, y los invitados me saludarán con reverencias —murmuró lleno de expectativas.

Como el espejo era pequeño, sólo se reflejaba la parte superior de su cuerpo; se subió a la silla de paja para ver si los pantalones estaban bien planchados.

—Todo está en orden —exclamó mirándose por delante y por detrás.

Bajó de la silla con cuidado y corrió a través del bosque para encontrar a su amiga, la Hormiguita Cantora. Ella también estaba elegante, con un traje de tafetán rojo y las antenas tiesas. Apenas habían dado unos pasos, cuando un golpe de aire primaveral hizo volar lejos el sombrero del Duende.

—¡Ay, mi sombrero, se me voló mi sombrero! —gritó Melodía con aflicción.

La Hormiguita se sujetó las antenas por si se le volaban también. Los dos amigos corrieron detrás del sombrero, que dio un bote haciendo brillar las estrellas de plata y enseguida desapareció entre las hierbas.

—¿Dónde se escondió mi sombrero? ¿Lo ves por ahí, Hormiguita? —preguntó el Duende buscando a gatas entre las hierbas. Ella contestó riendo:

—El viento se puso
tu hermoso sombrero



y se irá a la fiesta
como un caballero.

—El viento no es un caballero y tampoco un señor, porque me quitó el sombrero de mal modo —alegó el Duende con razón.

Pero la Hormiguita siguió riendo de la broma del viento:

—Duende Melodía,
veremos, veremos
quién lleva a la fiesta
tu hermoso sombrero.

—No te sigas riendo, porque mi sombrero es único, sólo a mí me queda bien.

Continuaron la búsqueda. En una vuelta, como era de esperarse, se encontraron con el Caracol.

—Oye, amigo, ¿has visto mi sombrero con estrellas de plata? —preguntó el Duende, apurado.

—¿Eh? Espera un momento..., déjame pensar... ¡Ah, sí, lo vi y luego..., luego...

La lentitud, propia del Caracol, desesperó al Duende.

—¿Qué pasó? Apúrate, cada minuto es importante.

—Espera, voy a descansar un rato, si me apuras, me pongo nervioso —murmuró el Caracol empezando a encogerse.

—Esto no lo aguanto. ¿Qué pasó con mi sombrero? Dilo de una vez.

—No te agites, parecc que lo vi..., lo vi cerca de aquí, sí..., en la charca de los sapos. —El Caracol terminó de enrollarse en su concha, desapareciendo con cachos y todo.

—Ay, lo único que falta es que mi sombrero haya caído al agua —gritó el Duende, echando a correr.

La Hormiguita lo siguió de atrás justo para ver que una pequeña rana se dirigía a la fiesta con un traje de musgos y ¡con el sombrero del Duende Melodía!

—¡Mira, Hormiguita, ahí va mi sombrero! ¡Se lo lleva la Rana de Darwin!

Pero su amiga estaba cansada de tanto correr.

—Anda tú adelante,

te sigo después,
si sigo corriendo
me quedo sin pies.

Sin mirar atrás, el Duende continuó corriendo detrás de la pequeña Rana, dando como ella grandes saltos, hasta que la alcanzó. Casi sin aliento, gritó:

—¡Ese sombrero es mío! ¡Dámelo!

—¿Qué dices? Este sombrero es mío, Duende antipático. Lo encontré junto a mi charco —se defendió la Rana, sorprendida.

—Pero... no te enojés. Oye, es mi sombrero con estrellas de plata —insistió el Duende, tratando de parecer calmado.

—Los sombreros son de quien los encuentra y voy a ir con él a la fiesta, porque no tengo otro —porfió ella, tratando de continuar su camino.

El Duende la atajó:

—Pero ¿cómo vas a ir a una fiesta tan importante con sombrero de duende?

—No es de duende, es de Rana de Darwin. ¡Suéltame, que por tu culpa voy a llegar tarde!

— ¡No puedes ir a la fiesta con mi sombrero!

—gritó el Duende enojándose de veras y tratando de recuperar lo que era suyo.

Entonces la Rana empezó a pedir socorro y armó un tremendo escándalo. A sus gritos, acudieron numerosos bichos que también iban a la fiesta. Unos se pusieron de parte de la Rana de Darwin y otros, que sabían a quién pertenecía el sombrero, de parte del Duende.

Unos gritaban:

—¡La pequeña Rana tiene razón!

Y los otros:

—¡No, el sombrero es del Duende!

La discusión hizo que se les subiera la sangre a la cabeza y, como estaban nerviosos por la fiesta, se pusieron a pelear dándose golpes y mordiendo entre sí patas y antenas. El barullo era terrible. El Duende y la pequeña Rana peleaban al centro. Nadie cedía.

La Hormiguita Cantora, lejos del bullicio, había descansado un buen rato y se acercó al campo de batalla llevando una hermosa capota de flores que acababa de terminar. Como pudo, se abrió paso entre los aletazos y las patadas, y al



llegar junto a la pequeña Rana, le ofreció la graciosa capota. Ésta, al verla, tiró lejos el sombrero del Duende y se puso el recién hecho, húmedo aún de rocío. Muy contenta, se compuso el vestido y partió a la fiesta dejando atrás la batalla. El Duende recuperó su vagabundo sombrero y se fue también a la fiesta luego de sacudirse el polvo y estirar las arrugas de su traje.

La Hormiguita esperó a que se calmaran los ánimos de los invitados, y mientras se arreglaban alas y antenas, cantó con voz maliciosa:

—Hacia la hermosa fiesta,
sin patas y sin alas,
caminan los bichitos
con sus mejores galas.
Mordiscos y patadas
se dieron con esmero
y todos se pelearon
sólo por un sombrero.
Arreglen sus sonrisas
y borren sus enojos
y vamos a la fiesta
secándonos los ojos.



Alicaídos, todos se dirigieron a la fiesta y allí se consolaron de las heridas recibidas con dulces y manjares. En medio, brillaba el sombrero del Duende Melodía como si nada hubiera pasado. Sentado junto a la Reina, miraba sonriente cómo daba saltos y bríncos la Rana de Darwin, luciendo su fresca y liviana capota de flores.

El enanito de las flores

Cuando llegó el invierno, el bosque apretó sus ramas para defenderse del viento. La lluvia caía en chaparrones y las hojas continuaban goteando largo rato después que el temporal había pasado. Muchos pájaros emigraron hacia el verano del hemisferio norte; otros animales dormían en abrigados huecos bajo tierra; las mariposas fabricaron capullos y corazas según fueran nocturnas o diurnas, para dormir hasta la primavera. Al sentir los primeros fríos, la Mayordoma del hormiguero puso doble llave a las grandes puertas para que ninguna hormiga se atreviera a salir.

También el Duende Melodía se guardó en



su casa, calentándose con el brillo del sol que guardó en frascos de cristal.

Para aliviar el encierro, la Hormiguita Cantora no dejaba de cantar. Si alguien se hubiera acercado al hormiguero, la habría sentido entonar una canción invernal:

—Ya llegó la lluvia,
ya llegó el invierno,
en el bosque canta
el helado viento.

Con sus manos finas
la lluvia golpea
puertas y ventanas
para que le abran.

Al quedarse afuera
se aleja llorando
y cuelga en las ramas
su plateado manto.

Todo estaba preparado para pasar el invierno lo mejor posible; pero nunca faltan los sobresaltos. Una mañana, o tal vez fue en plena noche,



una noticia acabó con la tranquilidad del hormiguero: la Reina se había enfermado. Una tras otra las hormigas doctores desfilaron frente a la cama de oro de la soberana; pero sus remedios, aunque venían en botellitas de colores, no sirvieron para nada. La Mayordoma, muy preocupada, reunió a cocineras, enfermeras, niñeras, cargadores, soldados, en fin, a todos los habitantes del hormiguero para comunicarles la mala noticia.

—Nuestra buena Reina está enferma. Nuestros remedios han sido inútiles. Hay que buscar en el mundo de afuera algo que sane a nuestra soberana. Pido que se ofrezcan voluntarios para buscar lo que mejorará a su majestad. Es una tarea peligrosa, porque en el bosque llueve y hace frío.

Varios soldados, cocineras y enfermeras dieron un paso al frente, pero la Hormiguita Cantora fue la más rápida en presentarse. La Mayordoma agradeció la buena voluntad y eligió a la que se ofreció primero.

—Hormiguita Cantora, te encargo una misión difícil. Tus cantos nos harán falta, pero son

más necesarios los soldados, las cocineras y las enfermeras. Te recomiendo consultar al Duende Melodía, que siempre da buenos consejos.

La elegida partió sin tardanza, protegida por un paraguas de hojas secas. La Mayordoma la despidió por la puerta falsa, recomendándole que se cuidara. La Hormiguita se dirigió al hongo de su amigo, que por suerte quedaba vecino al hormiguero. Al sentir inesperados golpes, el Duende no demoró en abrir.

—¡Hormiguita! Algo grave debe pasar en el hormiguero para que hayas salido con este frío.

—Mi Reina está enferma,
Duende Melodía,
y busco un remedio
que salve su vida.

—Lástima que yo tengo solamente un poco de sol. Si también tuviera flores, sin duda, la Reina sanaría.

El Duende regaló a su amiga un frasco lleno de sol y le recomendó regresar al hormiguero.

—Es inútil buscar flores en invierno —le advirtió.

Ella continuó viaje apretando la botella contra su cuerpo, sintiendo su exquisito calor. A todo el que encontraba, fuera hierba, piedra o charco, le preguntaba dónde podía encontrar flores. Al oírla, la lluvia dejó de meter los pies en los charcos para reír:

—Vuelve al hormiguero, en una sola gota te puedes ahogar. Mira, no busques flores en invierno; están durmiendo en las raíces de las plantas para resucitar cuando se acerque la primavera.

Pero la Hormiguita continuó su búsqueda, iluminando con el frasco de sol los rincones del bosque por si hallaba alguna flor silvestre. La lluvia colgó su manto en las ramas y la nieve se dejó caer silenciosamente sobre el bosque. La Hormiguita se refugió bajo una piedra, que formaba una especie de gruta profunda. Al verse a salvo, caminó hasta el fondo del inesperado refugio, observando cómo brillaban las paredes al mover el frasco en todas direcciones. De pronto vio algo que la dejó inmóvil de asombro: ahí, a su alcance, había un maravilloso jardín

lleno de mil flores pequeñísimas: rosas, lirios, margaritas, claveles echaban al aire su perfume. ¡Había encontrado lo que necesitaba! Pero cuando alargó una pata para cortar una diminuta rosa, una voz aflautada gritó:

—¿Quién está cortando mis flores? ¿Quién se ha metido en mi jardín?

El que hablaba era un hombrecito del tamaño de las flores, vestido con delantal de jardinero y con una pala al hombro. La Hormiguita le explicó con sus más entonados trinos que las flores las necesitaba para mejorar a su Reina. El enanito se calmó, pensando que se le presentaba un buen negocio.

—Si es así, puedo cortarte algunas flores, pero ¿qué me darás a cambio? ¿Tal vez ese frasco lleno de sol?

La Hormiguita apretó la botella entre sus manos:

—No puedo darte el sol,
pero sí el paraguas,
por favor, enanito,
dame una rosa blanca.



El pequeño gnomo se sobó la barba y calculó que podía quedarse con algo más que un paraguas roto.

—Primero, acepto el paraguas. Segundo, me regalarás una hermosa canción y, tercero, la canción que me regales no podrás volverla a cantar nunca más.

—Sólo por mi Reina
te doy mi canción,
enanito avaro,
pobre corazón.

—Guardaré tu canción en los ecos de mi gruta y así la oiré cuando quiera —dijo el pequeño jardinero con satisfacción.

La Hormiguita cantó con su voz más afinada para contentar al dueño de las flores.

—Nunca más podré cantar
cómo era la rosa blanca
que se abría en la mañana
y oscuro se deshojaba....
Nunca más podré cantar
que las flores delicadas



son los ojos de la tierra
que nos manda sus miradas.

El enanito se puso tan feliz con la canción, que cortó las flores más abotonadas y armó un ramo que la Hormiguita apenas se podía. Hacía el anochecer, llegó al hormiguero, donde la esperaba con preocupación la Mayordoma. Llevaron enseguida las flores y el frasquito con sol a la pieza de la Reina. Al verse rodeada de flores, y sentir el calor y la luz del verano embotellado, la soberana se sintió mejorada.

—La primavera vuelve siempre. Gracias, Hormiguita.

Después de oler las flores y tocarlas con sus delicadas patas, se pudo levantar y sentarse en su silla de oro.

—Como la Hormiguita arriesgó su vida por salvar la mía, la nombro PRIMERA HORMIGA CANTORA DEL REINO. Cada mañana entonará una canción diferente para que todas despertemos de buen ánimo.

Así quedó establecido. Lo que no supieron, ni la Reina ni menos las hermanas hormigas,

es que había una canción que nadie volvería a escuchar; para oírla, es necesario ir a la gruta del enanito de las flores.

El Padre Río

Temprano en la mañana, el Duende Melodía abrió la puerta de su casa y respiró el aire oloroso que corría entre las hierbas.

—¡Qué día tan agradable! Está especial para sentarse a la orilla del río. Llevaré mi flauta a ver si aprendo a tocar una canción de agua.

El río venía grande y majestuoso, como suele suceder cuando se derriten las nieves con los calores del verano. Entusiasmado, el Duende gritó:

—¡Padre Río, eres grande y hermoso! ¡Cantas muy bien! ¡Enséñame tus canciones! ¡En mi flauta sonarán mejor que en tu lecho de piedra!

Creer que una de las canciones del río po-



día caber en su pequeña flauta, no dejaba de ser pretencioso. Se instaló en una piedra a tocar dulces y desafinadas melodías. De pronto, al inclinarse sobre el agua, vio allá en el fondo otro duende que también tocaba flauta. Al descubrir a un intruso tan bien ubicado, el Duende gritó con enojo:

—¿Qué haces ahí, dentro del río?

El duende del agua se sacó la flauta de la boca y pareció preguntarle algo parecido, sólo que sus palabras no se oyeron. Más furioso todavía, nuestro duende amenazó con el puño al del agua:

—¿Qué te has creído? Es a mí a quien el Padre Río enseñará su música.

El otro no demoró ni un instante en amenazarlo también con el puño y gritó a Melodía las mismas palabras. No se podía soportar tanta burla. Nuestro Duende estaba por gritar una grosería, cuando se le acercó la Hormiguita Cantora, preguntando qué miraba con tanta atención.

—Estoy mirando a un duende ridículo que hay en el fondo del río —contestó con voz agitada.



La Hormiguita se agachó sobre el agua y se puso a reír.

—A ver, a ver,
a ver quién es,
¡eres tú mismo,
pero al revés!

—¿Cómo voy a ser yo ese duende con la nariz colorada? ¡Imposible!

La Hormiguita insistió:

—Ese duende del agua
es tu propio reflejo,
con nariz colorada
y con cara de viejo.

—Te equivocas, es una ofensa decirme que ese del agua soy yo.

Tanto, tanto se inclinó para mirar a su enemigo, que de repente resbaló y se cayó de cabeza al río. Los dos duendes desaparecieron en la profundidad, confundidos en uno solo. La Hormiguita lanzó un grito de espanto, pero nada podía hacer para ayudar a su amigo. Al rato, subió una gran burbuja llevando la voz del duende.

—Glu... glu... No te asustes, yo puedo vivir

en el agua igual que en tierra. Estoy buscando a ese ridículo que me hizo burla. Pronto volveré.

Pero la Hormiguita no se tranquilizó; afirmada en sus seis patas, se quedó en la orilla, esperando que su amigo regresara.

El Duende inició la búsqueda por los caminos del agua.

A su alrededor todo brillaba como si estuviera cubierto de joyas. Dio algunos lentos pasos y una corriente lo arrastró sin que pudiera detenerse. Después de cruzar la región de los salmones y los sapos, la corriente empezó a perder fuerza y el Duende cayó como piedra en las arcas del fondo. Iba a protestar, cuando dos manos azules lo cogieron mientras una voz llorosa decía:

—Apúrate, el Padre Río te espera.

—¿El Padre Río? —preguntó Melodía algo asustado.

—¿Quién otro va a ser? ¿No lo llamaste desde la orilla?

—No sabía que él me esperaba. Pero ¿quién eres tú?

—Soy la Lluvia del año pasado.

—Ah, una Lluvia vieja —comentó el Duende, sin fino.

—¡Qué idea! —murmuró la Lluvia echándolo a la risa—. Yo nunca envejezco. Cuando hace calor, me convierto en nube y vuelvo a caer sobre la tierra, joven como siempre.

Se demoraron en llegar a las fuentes del río. Una gran puerta de hielo se alzó ante ellos, brillando con luces verdes. Apenas la atravesaron, la Lluvia se heló, convirtiéndose en una larguísima señora que lloraba copos de nieve. Atravesaron lentamente salas heladas y solitarias. El Duende apenas podía caminar de frío; tuvo que sacar un poco de magia de sus bolsillos y se la restregó por el cuerpo para entrar en calor. Al fin llegaron frente a una cortina de agua.

—Hasta aquí te acompaño —dijo la Lluvia, dando un brusco empujón a Melodía, que cruzó la cortina de un viaje.

El Padre Río estaba al fondo de una sala más amplia que las anteriores, sentado en un trono de carámbanos. Era un viejo gigantesco de pelo

y barba blancos y larguísimos. Sin darse cuenta, Melodía había caído sobre las barbas, que se extendían por toda la enorme sala. La voz sonora del anciano lo sobresaltó.

—No te preocupes de pisar mis barbas; sobre ellas llevo a todos los seres del agua, peces, musgos, ondinas. Arrastro árboles enteros, derribo cerros, deshago piedras. A veces enredo en mis barbas a un intruso como tú, pintando su reflejo en mi corriente.

—Así que era un duende pintado el que me hacía burla —murmuró el Duende para sí.

El Padre Río lanzó una larga carcajada que arrastró al Duende por toda la habitación.

—Yo te hacía burla cuando te oí decir que uno de mis cantos podía caber en tu pequeña flauta.

—Padre Río, yo no pretendo tanto, sólo te pido uno de tus cantos más pequeños —dijo el Duende lleno de confusión.

Sacó su flauta del bolsillo para mostrarla. Esta vez la risa del Padre Río fue incontenible y arrastró a Melodía más allá de la puerta de agua y del portón

de hielo, lejos, lejos, quizás hasta las lejanas playas donde el río se juntaba con el mar. Una corriente inversa lo trajo de nuevo y lo dejó sobre el fondo arenoso, cerca de la orilla. Se quedó allí, marcado, tratando de recuperarse, tanteando su cuerpo y su cabeza, sin saber dónde se hallaba.

Entretanto, en la orilla, la Hormiguita seguía esperando, asustada por la tardanza de su amigo. De pronto divisó una mancha roja en el fondo del río; se inclinó para ver mejor y contempló al Duende sentado sobre la arena, rodeado de burbujas plateadas. La Hormiguita se acercó al agua todo lo que pudo para llamar su atención:

—Duende Melodía,
ven hacia la orilla,
que aquí está tu casa
y aquí está tu amiga.

Una de las burbujas se llenó con la voz de la paciente hormiga y, al escucharla, el Duende pareció despertar. Salió fácilmente del agua y, se sacudió largo rato al sol para secarse. Camino a casa, contó a su amiga su increíble encuentro con el Padre Río.

—El señor de las aguas se rió de mis pretensiones. No entendió que el rumor de su caudal me causa admiración. Yo quería imitarlo con mi flauta.

—No tengas pena,
amigo mío,
tu flauta suena
mejor que el río.
Dulce sonido
que no da miedo
flota en el aire,
canta en mi oído.

A pesar de este consuelo, el Duende quedó triste. Pero le esperaba una sorpresa: cuando esa tarde se sentó junto a la puerta de su casa a tocar la flauta, de ella brotaron escalas cristalinas como la risa de las vertientes que alimentan al río. Fue tal su alegría, que se cayó de la silla de paja y dio bote en el suelo. Después de todo, el Padre Río no sólo era generoso alimentando campos y lagunas, sino también haciendo regalos a los pequeños duendes que habitan los bosques.

Un hermoso día de verano, la Hormiguita Cantora iba cantando con su carga al hombro, mirando los colores a su alrededor. Distraída, no supo en qué momento perdió el camino de su casa. Interrogó a las flores y a las piedras con que tropezaba, pero el olor de su hormiguero había desaparecido. No sabía qué hacer, cuando al dar una vuelta vio venir hacia ella al pomposo Caracol. La Hormiguita se alegró de ver una cara conocida y preguntó:

—Señor Caracol
perdí mi camino,
¿podría decirme
cuál es mi destino?



—¿Tu destino? No soy mago, el único destino que conozco es el mío y, para no perderlo, ando con la casa auestas.

El caracol dio una vuelta para que la Hormiga apreciara la belleza y la comodidad de su casa. Ella se quedó admirada y también compadecida.

—Quisiera ayudarte
con un buen consejo,
cargando tu casa
nunca irás muy lejos.
Pobre Caracol,
llegarás a viejo
pudiéndote apenas
tu propio pellejo.

—¡Hormiga insolente, guárdate tus consejos!
—chilló el Caracol—. Si te alcanzo, te aplasto.

La Hormiguita huyó de la furia del Caracol y sin darse cuenta llegó cerca de un hormiguero que no era el suyo.

Comprendió su error demasiado tarde: tres grandes hormigas la cogieron de las patas y se la llevaron a su reina para que la juzgara por espionaje. Al oír la dulce voz de su enemiga



alegando inocencia, la soberana, que era caprichosa, le perdonó la vida y ordenó que la encerraran en una celda para que así cantara con más sentimiento. La Hormiguita, en vez de cantar, se puso a llorar sin consuelo. Pasó un día y una noche sin que nadie volviera a acordarse de ella. Cuando parecía condenada a morir en su prisión, escuchó golpes y crujidos bajo sus patas temblorosas. No tardó en levantarse un terrón y asomó la cabeza blanca y el cuerpo larguirucho de un viejo gusano.

—¿Quién llora en esta celda? Soy un Gusano muy entendido en música y tus entonados lamentos me guiaron hasta aquí.

—Señor Gusano,
soy la Hormiguita
que llora y canta
con su penita.
Las hormigas malas
de este hormiguero
me dejaron presa
en este agujero.

—Con lo bien que cantas, debieron darte la

libertad. Sígueme, porque yo, el Gusano Quitapenas, te ayudaré.

El Quitapenas se metió de cabeza por donde había venido y la Hormiguita lo siguió por una larga y caracoleada galería hasta que llegaron a una pequeña puerta de madera.

—Detrás de esta puerta están los reinos de la tierra —explicó el Gusano—. Por aquí llegarás a tu casa algún día.

La Hormiguita le agradeció con las más finas entonaciones haberla librado de la prisión. Con todas sus fuerzas empujó la puerta, que parecía no haberse abierto en muchos años. Un airecillo helado la hizo temblar; avanzó tres pasos en la oscuridad y se detuvo, alargando las antenas. Poco a poco un brillo fosforescente le permitió ver dónde se hallaba: un enorme bosque blanco se extendía frente a ella hasta perderse de vista; frías gotas de agua caían aquí y allá, y formaban lentos riachuelos que mojaban esa extraña selva. La Hormiguita preguntó el nombre del lugar y una voz ronca, otra aguda y otra muy clara, le contestaron:



—Somos las raíces de los árboles.

—Somos las raíces de las hierbas.

—Somos las raíces de las flores.

Otra voz pura, que casi cantaba, se agregó a las anteriores:

—Yo soy el agua que moja las raíces, y las raíces me beben. Yo soy el agua que sube por tallos y ramas. Yo soy el agua que se transforma en flores y frutos.

La Hormiguita caminó entre las raíces, bebió de una gota porque tenía mucha sed y siguió avanzando. Llegó a otra puerta que se abrió sobre un gran silencio y una densa oscuridad. Un suave calor la envolvió, pero ella se detuvo en el umbral, preguntando quién vivía allí. Una voz lenta y pesada surgió de la negrura:

—Soy el carbón. Hace muchos años, aquí había un bosque alto y frondoso. Esta negrura que ves, eran árboles verdes que se mecían con el viento. Pero un día, la tierra se partió bajo las raíces, una montaña cayó sobre los árboles, los cubrieron tierra y rocas, y estaban tan apretados que se transformaron lentamente en carbón. Los

árboles que sufrieron más se convirtieron en diamantes, porque el dolor purifica y nos hace brillar con luces inextinguibles.

La voz del carbón quedó resonando largo rato. De pronto una luz rodó en la oscuridad como una estrella o una lágrima. La Hormiguita la recogió y con admiración descubrió que era una chispa de diamante. Dio las gracias y siguió su camino alumbrándose con la pequeña piedra. Llegó ante otra puerta. ¿Qué habría detrás? ¿Vería por fin la luz del sol? La abrió de un empujón y un delicioso olor a tierra llegó hasta ella, olor a tierra removida y sembrada. Entró a una bóveda muy baja, donde pequeños mundos redondos permanecían inmóviles, esperando una señal misteriosa para despertar. La Hormiguita preguntó:

—¿Qué mundos son estos, redondos y quietos?

Muchas voces respondieron alternadamente:

—¡Somos las semillas, somos las semillas!

Esos mundos tranquilos eran semillas, unas

grandes y blancas, otras más pequeñas que cabezas de alfiler. Con leve crujido se rompían de pronto, y salían unas hojas que iban creciendo hacia arriba, atraídas por la fuerza del sol y el aire. La Hormiguita escuchó la voz delgada de una semilla de color pardo:

—Dentro de mí duerme un “dedal de oro”. Me abriré pronto y mi flor subirá a jugar con el sol y el aire.

La viajera no perdió tiempo y cantó junto a la semilla que también ella quería salir al aire. Por toda respuesta la semilla se partió, mostrando dos tiernas hojas que empezaron a subir al extremo de un débil tallo. La Hormiguita abrazó a la planta, escondiéndose bajo la pequeña hoja, y junto con ella salió por fin a la luz del sol, pero prisionera de un puño verde. Estaba en una nueva celda, la de una flor, y a través de las sedosas paredes sentía el calor y el agitarse de la vida. No tenía apuro en librarse, porque sabía que la flor iba a abrirse de todas maneras. La casualidad suele ser maravillosa: la planta brotó justo delante del hongo del Duende Melodía. Sentado

junto a la puerta, remendaba sus zapatos.

—Una persona como yo no puede andar con los zapatos rotos —suspiró mientras pegaba un parche a la suela.

Una sombra cayó sobre sus manos y descubrió la planta que crecía frente a él. Se alegró mucho y le echó magia de la poca que llevaba en los bolsillos para que floreciera pronto. La planta se estiró y esponjó, y no tardó en abrir un capullo que dejaba ver un color amarillo.

—¡Ah, qué flores más alegres voy a tener! ¿Cómo se llamarán? —exclamó Melodía.

Una voz muy conocida le contestó:

—Dedal de oro se llama
y yo estoy aquí,
esperando a que abra
y estar libre por fin.

—¡Qué raro! Ésa es la voz de mi amiga Hormiguita. ¿Dónde estará? —se preguntó el Duende mirando a su alrededor.

La Hormiga se puso a reír y contó a su amigo que estaba dentro del “dedal de oro”. Gracias a la magia, la flor se abrió rápidamente,

liberando por fin a la prisionera. Los amigos se abrazaron y ella le contó sus aventuras por los reinos de la tierra. Al ver la chispa de diamante, el Duende también quiso tener una para usarla de lamparita.

—Cuéntame dónde están esas puertas para visitar los reinos de la tierra —pidió Melodía.

—Nunca sabrás,
nunca sabrás
dónde esos reinos
viviendo están. Sólo un gusano
sabe indicar
las puertecitas
por donde entrar.

La Hormiguita volvió al hormiguero con el diamante sobre la cabeza. Cuando llegó delante de la Reina, se lo ofreció de regalo. La soberana, complacida, ordenó colocarlo junto a su cama para iluminar sus sueños.

Hasta ahora, nunca nadie ha podido averiguar cuál es el camino que lleva a los misteriosos reinos de la tierra.

Un curioso robo

Hace muchos años, hubo en el bosque un robo famoso que nunca se olvidó. Fue tanto, que en los libros del Duende Melodía, donde están anotados los sucesos importantes, se habla del tiempo antes del robo y después del robo. Por ejemplo, se dice: “Antes del robo, las culebras andaban paradas”. Esto no es así, claro, porque se trata sólo de un ejemplo. La historia empezó una mañana a fines de primavera. La Codorniz saltó del nido bajo los matorrales y se puso a piar con fuerza:

—¡Prrr, prrr! ¡Oigan, oigan todos! ¡En mi nido puse seis huevos blancos, jaspeados, maravillosos! ¡Ninguna Codorniz ha puesto jamás

unos huevos tan hermosos como éstos! ¡Vengan a verlos! ¡Prrr, prrr!

Como la Codorniz del cuento era joven y ponía huevos por primera vez, exageraba un poco. A sus llamados, acudieron la mayoría de los pájaros que vivían en los viejos robles y pasaron revista a los huevos. El Chincol y la Torcaza tuvieron que reconocer que eran extraordinarios para una primeriza. A pesar de que las aves no necesitan preocuparse de su alimento y son livianos como sus vuelos, al ver los hermosos huevos de la Codorniz, sintieron esa incomodidad del corazón que se llama envidia. La futura madre, viendo el brillo celoso de algunas miradas, se sintió tan contenta, que abandonaba el nido con demasiada frecuencia en su afán de que todo el mundo acudiera a mirar los famosos huevos. Fue tanto, que el padre Codorniz, cuidadoso y preocupado de su descendencia, se instaló en una rama cercana a cuidar el nido.

—Querida, no hagas tanta propaganda, alguien puede sentir la tentación de robarse uno de los huevos —advirtió varias veces a su esposa.



Pero ella movió la cola y continuó con su bulliciosa publicidad.

—Quiero que todo el mundo me tenga envidia, prr, prr —pió sin ninguna cautela.

El Duende Melodía hizo una visita especial al hogar de las codornices.

—¡Qué hermosura! —exclamó sinceramente—. En mis cincuenta años de vida, nunca había visto algo tan perfecto. Te aconsejo no alejarte tan a menudo del nido; los huevos pueden enfriarse y ponerse hueros.

—¡Qué ocurrencia! No soy tan tonta —aseguró ella.

—Te recomiendo estar tranquila y más callada, no vaya a ser cosa que la culebra oiga que tienes seis hermosos huevos y venga a robártelos.

—Mi marido tiene buena vista y buen oído, y está atento vigilando desde la rama —aseguró ella sin inquietarse.

El último visitante fue el Cururo. Nadie imaginaba aún la importancia que muy pronto iba a tener. Pasaron los días. Faltaba poco para que salieran los polluelos y la Codorniz, como

toda madre, se sentía impaciente por ver a sus hijos piando a su alrededor. Sin embargo, no perdía la mala costumbre de abandonar el nido por ratos cada vez más largos, a pesar de todas las advertencias. Una tarde, poco antes de la caída del sol, los pájaros de los robles interrumpieron su costumbre de discutir antes de acostarse, al oír unos chillidos desesperados.

—¡Ay, me han robado! ¡Mis huevos no están, ay, ay!

La Codorniz piaba de modo tan lastimero, que no sólo los pájaros sino hasta las lagartijas acudieron a ver qué sucedía.

—Fui a dar una vuelta por la charca de los sapos y, al volver, el nido estaba vacío —gimió la desesperada madre.

Papá Codorniz regresó al poco rato de los trigales, donde había comido hasta hartarse, y reprendió a su esposa.

—Te advertí que no te levantarás, porque me tocaba comer, pero no hiciste caso. Ahora, de nada vale lamentarse. Hay que buscar lo más rápido posible al ladrón.

Las aves del bosque partieron en desbandada hacia distintas direcciones, la mayoría por aire. Los angustiados padres, al tener vuelo corto, iban por tierra, escarbando entre los matorrales, siguiendo cualquier rastro. Temían con razón que la culebra hubiera robado los huevos. Sin darse cuenta, llegaron al hongo del Duende Melodía.

—El Duende puede ayudarnos; es muy viejo y nos aconsejará bien —dijo la Codorniz.

Tenía razón. El Duende se hizo cargo del asunto aconsejando tranquilidad:

—Hay que hallar los huevos antes de que oscurezca. Para eso, tenemos que contratar al Cururo, que tiene buen olfato y conoce todos los caminos del bosque.

Sin tardanza, los tres acudieron a la cueva del Cururo, que se preparaba para su ronda nocturna.

—Conque se robaron los hermosos huevos —sentenció—. Lo mejor será seguir el rastro desde el mismo nido, porque ahí está el olor del ladrón.

—Muy inteligente —comentó el Duende.

El Cururo llegó al nido antes que nadie y empezó a oler cada ramita, cada brizna de pasto, con gran dedicación. Sin decir palabra, con la nariz al viento, empezó a alejarse lentamente, como si viera un camino. El Duende y las codornices lo siguieron en el mayor silencio, obedeciendo al rastreador, que les advirtió que cualquier ruido podía alertar al ladrón. Caminaron paso a paso bajo espesos matorrales. Las codornices se sintieron desorientadas, sobre todo porque pronto se hizo oscuro.

—No podemos seguir, los esperaremos por aquí —dijo el padre, acurrucándose en el suelo, lo que imitó su esposa.

—A pesar de mi pena, se me cierran los ojos con la oscuridad —pió.

El Cururo comentó:

—Es mejor que se hayan quedado por el camino; me siento más libre para buscar.

—¿No te molesta si continúo? Mis ojos ven en la noche y conozco a todos los habitantes del bosque —dijo Melodía.

—Tu compañía es la única que acepto. Pue-

des subirte a mi lomo. Cuatro ojos ven mejor que dos.

Al poco rato, sintieron ruido de conversaciones.

—Parece que nos acercamos a la guarida del ladrón —dijo el Duende.

—El que haya sido, trazó tantas huellas, que seguirlo es perderse en un laberinto. No creo que lo encontremos esta noche.

El alba los encontró sin ubicar los huevos de la Codorniz.

—Esto no significa que hayamos fracasado; sólo habrá un poco de demora —dijo el Cururo, que por ser animal nocturno no podía continuar la búsqueda hasta el atardecer.

Transcurrieron tres días de inútil rastreo. Las codornices buscaban durante las horas de luz y casi habían perdido la esperanza de hallar los famosos huevos. Los pájaros de los robles ya no colaboraban, olvidados de la pena de sus amigos, como si fuera una noticia vieja. Sólo el Duende y el tenaz Cururo no se dieron por vencidos.

—Estoy seguro de que hallaremos los hue-

vos intactos, porque tengo identificado al ladrón —afirmó el Cururo.

—¿Quién es? ¿Acaso lo conozco? —quiso saber Melodía.

Pero el Cururo guardó el secreto, como todo buen detective. Al terminar la tercera noche, el ratón del bosque anunció con una risita entre dientes:

—Creo, amigo Duende, que vas a llevarte una gran sorpresa.

Pronto se encontraron ante una madriguera que el Duende al comienzo no recordó, no tanto por olvido, como por no querer reconocerla.

—¿Acaso es ésta la madriguera del ladrón? Pero ¿no vive aquí mi amigo Buendiente?

—Sí, aquí vive el ladrón de los huevos —afirmó brevemente el Cururo.

—Creo que te has equivocado, te falló el olfato. ¿Para qué va a querer un conejo unos huevos de codorniz?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Ten paciencia.

En ese momento lo que menos tenía el

Duende era paciencia. El Cururo se acercó a la boca de la madriguera:

—¡Eh! ¡Que se asome el dueño de casa!

—Voy saliendo —contestó una alegre voz.

Apareció el Conejo Buendiente con un semblante tan tranquilo y una sonrisa tan abierta, que nadie habría pensado que se trataba de un peligroso ladrón. A Melodía, por lo menos, le pareció completamente inocente de lo que se lo acusaba. Pero el Cururo se adelantó.

—Dime, ¿qué hacías en el bosque, hace tres días, al atardecer?

—¿Cómo quieres que lo recuerde? Creo que dimos un paseo con mi señora, para refrescarnos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es muy importante que digas exactamente lo que hiciste. No creo que lo hayas olvidado, Buendiente.

—Sí, tienes razón. Te lo contaré siempre que no te rías.

—No creo que sea para la risa. Todo el bosque ha estado preocupado por ese asunto —dijo el Cururo con seriedad.

—¿Ese asunto? Es algo que nos pasó a mi esposa Clarita y a mí, que no interesa a nadie más. Esa tarde, como aún había mucha luz, caminábamos tranquilamente bajo los olorosos matorrals, cuando de pronto Clarita dio un chillido de asombro. Fui a ver qué había descubierto y contemplé un nido abandonado donde brillaban como joyas seis hermosos huevos jaspeados. Mi mujer quiso llevárselos a la madriguera, aunque le advertí que era posible que pertenecieran a alguien. Esperamos un rato, escondidos entre las ramas, pero como no vino nadie, los trajimos con mucho cuidado a la madriguera.

—Tal como lo imaginaba —exclamó el Cururo—. Tienes que devolver los huevos —interrumpió el Duende Melodía, impaciente—. Pertenecen a la señora Codorniz, que lleva tres días llorando por ellos.

Buendiente guardó un avergonzado silencio. Después de un rato de gran suspenso, el Conejo continuó:

—No puedo devolver los huevos, porque ya no existen.

—¿Cómo? ¿Se quebraron? —gritaron casi al mismo tiempo Cururo y Duende.

—No, no, es algo peor...

—¿Peor?

—Anoche los polluelos picaron las cáscaras y salieron —reveló Buendiente con lágrimas en los ojos—. Es terrible, nunca se ha oído que los conejos tengan polluelos. Clarita, mi mujer, está desesperada; dice que no podrá mirar nunca más a sus amigas, que la crerán anormal.

Una gran carcajada fue la respuesta de los detectives. El Conejo los miró con enojo al ver que no paraban de reír, tirándose al suelo y dándose palmadas en las rodillas.

—Dijeron que no era para la risa —alcanzó a decir.

Los amigos celebraron con más ganas las preocupadas frases de Buendiente, hasta que se cansaron. Por fin el Cururo pudo hablar:

—No te preocupes por los polluelos; nosotros se los llevaremos a su madre y todo quedará en paz.

En eso se asomó Clarita, seguida por los

recién nacidos, que piaban a su alrededor creyéndola su madre.

—¿Es verdad que ustedes se llevarán los polluelos? Ni siquiera sé cómo alimentarlos. Me alegro de que ustedes se encarguen de ellos, aunque me caen simpáticos.

La señora Buendiente se veía tan aliviada, que Cururo y Duende volvieron a reír, aunque con más moderación. Sin demora, rodearon los pollos y los guiaron hasta el nido de la Codorniz. Al comienzo, la nueva madre no entendía cómo los huevos se habían transformado en inquietos y bulliciosos pollos, pero papá Codorniz le explicó que se trataba de sus hijos. A ella le costó entender.

—¿Cómo unos huevos tan hermosos pudieron transformarse en estos pollos sin plumas y sin gracia?

—Con el tiempo se pondrán hermosos, te lo aseguro —trató de convencerla el Duende.

Los polluelos se pusieron a piar de hambre, y la Codorniz, olvidando las penas y la fealdad de los recién nacidos, se apresuró a buscarles

alimento, sintiendo que su corazón se iba llenando del más tierno amor por sus flacuchentos y desamparados hijos.

El Duende invitó al Cururo a celebrar el feliz término del extraño robo, que al fin y al cabo no fue robo de verdad.

BIOGRAFÍA BREVE DE ALICIA MOREL

Nació un 26 de julio. Su madre la encontró muy fea; era su primer hijo y tenía otra idea de los recién nacidos.

Cuando tuvo tres meses, la dejaron bajo la higuera que daba sombra al tercer patio de la casa de los abuelos; pescó un buen resfrío; algunos pensaron que bajo el árbol mágico que florece en la noche de San Juan, adquirió también la costumbre de contar cuentos.

De pequeña, Alicia estaba convencida de que las casas volaban. Se contó una historia cuando oyó decir que si se reventaba el calentador del agua, la casa volaría. Una mañana de niebla en que el mundo exterior había desaparecido, creyó que la casa estaba entre las nubes, flotando. Le pareció normal que nadie comentara algo que se



daba por hecho. Lo natural era que las casas volaran y luego descendieran con lentitud en el sitio acostumbrado.

Un segundo cuento se refería a los temblores. Imaginó unos grandes pájaros oscuros que avanzaban por el cielo para mover la casa. Asomábase a las ventanas con su hermano pequeño y con nerviosos gritos anunciaban “¡Allá vienen los temblores!” Por cierto, nadie les hacía caso; pero algunas noches las ventanas y las puertas golpeaban ruidosamente, mientras la casa iniciaba una danza bamboleante. Los mayores se asustaban mucho; los niños también, pero no de los temblores, sino del susto de los grandes.

A medida que fue creciendo, le sucedieron algunas magias. Solía entrar a unos templos chinos tallados en el tarjetero de marfil que tenía su madre encima de una mesa. Los templos subían y bajaban colinas, y unos monjes se acodaban en las ventanas bajo delicados saucés. Nadie le impidió entrar a los oscuros recintos de los dioses chinos.

Una mañana muy temprano, brotó de su sueño un ave de brillantes colores que picoteó el suelo, al pie de su cama, durante largo rato. Alicia no se



atrevió a levantarse para que no escapara como los pájaros de los jardines. El ave misteriosa desapareció cuando abrieron los postigos de la ventana.

Varios hechos influyeron en su imaginación: un eclipse de sol en medio del campo, que hizo salir estrellas y silenció a los pájaros. Sopló un aire frío y una oscura amenaza bajó del cielo. Descubrió que la noche del sol podía ser definitiva; en cambio, la noche de la tierra estaba llena de ojos brillantes, cantos de grillos y sapos, lejanos ladridos. Si uno tenía miedo a causa de la profunda oscuridad de las noches de antaño, venían personas mayores con una luz o alzando una vela sobre sus cabezas, haciendo huir grandes sombras por las paredes.

Las ceremonias de la naturaleza se celebraban en familia: puestas de sol, salidas de la luna, contemplar estrellas y saber sus nombres, gozar con el cambio de las estaciones.

Ningún juego actual iguala a la maravilla de saltar y esconderse en los silos de paja, esas montañas doradas que permanecían en los campos luego de la cosecha de trigo; ni al juego de colocar paralelos los espejos de un gran ropero que, al

enfrentarse, creaban un pasillo infinito. ¿Qué de sueños no tuvo Alicia, viendo repetirse su imagen y la de los espejos hasta oscurecerse? Ella sabía que continuaban más y más allá.

Los miedos también fueron distintos: historias de aparecidos y ánimas en pena se contaban al llegar la noche. Los niños soñaban con fantasmas que los perseguían, sufrían pesadillas semejantes a las que ahora provocan las imágenes de la televisión. La diferencia estaba en que cada niño creaba sus propios fantasmas, que más tarde podía domesticar. Desde que Alicia leyó en el *Tesoro de la Juventud* sobre Pompeya, la ciudad sepultada por la lava y la ceniza del Vesubio, tuvo un temor constante a los respetables volcanes chilenos. A comienzo de los años treinta, entraron en erupción los de la zona central, produciendo temblores suaves que durante la noche estremecían las puertas, como si todas las ánimas en pena hubieran salido de los cementerios a rondar a los vivos. Días y noches de terror. Una mañana, en el colegio, Alicia vio cubrirse el patio de baldosas rojas con una leve capa de ceniza, traída por el viento. Fue su Pompeya.

En 1940 publicó el primer libro, gracias a su

padre y a un amigo mayor que lo sugirió: *Juanilla, Juanillo y la Abuela*. Contiene las alegrías y miedos de su infancia, y las experiencias de vivir en medio de una naturaleza aún intocada por el hombre. Curiosamente, esta pequeña novela fue escrita bajo las higueras de la chacra que tenía su padre cerca de El Canelo, en el Cajón del Maipo, no muy lejos de Santiago.

Sí, las higueras le transmitieron visiones y leyendas. Fueron algo así como sus hadas madrinas.